

El mito se SHANGRI-LA hace realidad

Al acercarse a Shangri-La, ciudad china perteneciente al Tíbet histórico, la vista del monasterio de Songzanlin sobrecoge a los visitantes. En realidad, es una reconstrucción del original, fundado en 1679 pero destruido en 1956 por el régimen de Mao Zedong.

Es el paraíso descrito en la famosa novela *Horizontes perdidos*, de James Hilton (1933). No existía hasta que Pekín decidió dar vida a esta utopía convirtiendo un villorrio del norte de Yunnan en el falseado escaparate de un Tíbet apaciguado. Desde entonces, aquí confluyen turistas e inversores.

POR CONSTANTIN DE SLIZEWICZ (TEXTO) Y THOMAS GOISQUE (FOTOS)



Con sus casas de madera, la ciudad vieja destila pura esencia tibetana recién estrenada

En la parte antigua de Shangri-La, destruida en 2014 por un incendio, el 80% de los edificios ha sido reconstruido. La mayoría de ellos alberga restaurantes y tiendas donde se venden los mismos objetos "tibetanos". Un ambiente que fascinó a doce millones de visitantes durante el año 2016.

Aún no hollada, la montaña sagrada contribuye a alimentar la leyenda

El ascenso a la cumbre del Kawagarbo (6.740 metros), una de las doce cimas sagradas del budismo tibetano, que domina Shangri-La, está prohibido. Según la tradición, el día que el hombre ponga el pie sobre su cima, el dios Kawagarbo abandonará la Tierra.



En esta ciudad, antigua etapa de la ruta del té, se ha mantenido el culto al caballo

El festival de carreras ecuestres tiene lugar cada mayo en Shangri-La. En la plaza principal, dominada por un inmenso molinillo de oración (en amarillo), también se organizan conciertos de pop.

Carreras en el estadio municipal. Hasta mediados de los años cincuenta, a falta de carreteras asfaltadas, estos caballos tibetanos eran el principal medio de locomoción. Famosos en China por su robustez, antaño se cambiaban por té procedente de Sichuan.





Con su reducido Potala de 700 monjes, la ciudad quiere parecerse a Lhasa

Ante el Songzanlin, la mayor lamasería de Yunnan, un joven matrimonio chino posa con el traje tradicional tibetano. A las puertas de la Región Autónoma del Tíbet, Shangri-La ha sacado partido a su nuevo nombre para imponerse como alternativa turística a Lhasa, mítica capital del techo del mundo.

Los dioses han sido vencidos!” (*So so lha gyalo!*), gritan los muleros tibetanos en el aire enrarecido, bajo la sedosa claridad que inunda el Parque Natural de Yading, en la provincia de Sichuan, al este del techo del mundo. La expedición acaba de franquear un nuevo collado de más de 4.000 metros de altitud y ante ellos se abre un panorama sobrecogedor: afilada como un diente de tiburón, la deslumbrante pirámide de Jampelyang, la diosa de las montañas que culmina a 5.958 metros de altitud, no deja de recordar a Karakal, “la más bella montaña del mundo” descrita en 1933 en *Horizontes perdidos*, el *best-seller* del inglés James Hilton. Montañas sagradas, infranqueables y desconocidas, reinos escondidos gobernados por amazonas o reyes semidivinos, valles salvajes y lejanos de los ríos Mekong y Salween, salpicada de misiones católicas...

La región imaginaria en el corazón del Himalaya que James Hilton llamaba Shangri-La, y de la cual relata cómo fue descubierta por cuatro viajeros tras estrecharse su avión, le fue inspirada por una serie de reportajes publicados en *National Geographic* por el botánico estadounidense de origen austriaco Joseph Rock, que vivió casi 30 años en esa

zona del mundo (ver recuadro).

En su novela, James Hilton prevenía al lector: “Puede consultar todos los mapas, pero quizá yo pueda evitarle el trabajo que supone dicha búsqueda. No encontrará Shangri-La en ninguno”. En ninguno... hasta 2001.

Ese año, Zhongdian (en mandarín) o Gyaitang (en tibetano) –que significa “llanura real”–, un anodino pueblo de la provincia de Yunnan, situado a las puertas de la Región Autónoma del Tíbet (RAT) y a una jornada en vehículo del Parque Natural de Yading, fue oficialmente rebautizado como Shangri-La. Cono-

cido hasta entonces por ser simplemente una etapa más en la ruta del té, un puesto controlado ya desde la dinastía Yan por el Imperio chino, antes del intrépido y misterioso reino tibetano (ver recuadro), Zhongdian/Shangri-La fue renovado a golpe de subvenciones gubernamentales y adornado con construcciones neotibetanas. Después subió de escalafón al ser escogido por los touroperadores chinos para vender un nuevo horizonte a su clientela: el Tíbet histórico.

Éxito fulgurante. Célebre por su monasterio de Songzanlin, apodado “el pequeño Potala”, en el que viven 700 monjes, Shangri-La y sus 175.000 habitantes han dejado estupefactos a más de doce millones de visitantes en 2016. Fascinados por el panorama, hipnotizados por los 3.200 metros de altitud, los viajeros olvidan una paradoja: la encarnación del paraíso en la tierra, Shangri-La, la ciudad mítica hecha realidad, va en contra de la ideología china que niega la existencia del más allá... Pero las autoridades chinas no han dudado en dejar atrás los dogmas, con el fin de convertir Zhongdian en digna heredera de un mito y en escaparate políticamente correcto de un Tíbet histórico apaciguado y armonioso. Lejos del resentimiento popular y de la vigilancia policial que continúan reinando en la Región Autónoma del Tíbet, Shangri-La ha sido diseñada por Pekín como un modelo a seguir. Allí, según repite insistentemente el régimen, se vive un ritmo de desarrollo provechoso para todos. Y las divisas, al igual que los turistas, afluyen.

En *Horizontes perdidos*, un sumo sacerdote lama promete la vida eterna

En la novela de James Hilton, la lamasería de Shangri-La, encaramada frente a la montaña Karakal, está gobernada por un viejo jesuita, el padre Perrault, que ha creado una religión basada en un sincretismo entre budismo y catolicismo. En el valle se escucha tanto el *Te Deum laudamus* como el *Om Mani Padme Hum*. A aquellos que aceptan seguir las iniciaciones del gran sacerdote-lama “les son prometidas la calma y la profundidad, la madurez, la sabiduría, el encantamiento del recuerdo... ¡y la vida eterna!” y en la Shangri-La *made in China* también se tiene como fin la eternidad.

La nueva ciudad estaba plagada de obras de construcción, para conmemorar el pasado trece de septiembre los 60 años de la creación de la prefectura autónoma tibetana de Diqing, en donde se halla situada. Para la ocasión, Pekín había invertido varios centenares de millones de euros, con el fin de modernizar sus canalizaciones y sus avenidas, renovó el color tibetano de sus fachadas, y también cons- ●●●

En el municipio se multiplican los nuevos edificios. Se está construyendo una ópera y una estupa que será la mayor del Tíbet.



El desarrollo de Shangri-La, que ha pasado de 15.000 habitantes cuando se llamaba Zhongdian a 175.000 en la actualidad, está garantizado por los hijos de la diáspora tibetana. Songtsen Gyalzur (1), nacido en Suiza, ha lanzado la Shangri-La Beer, que se exporta. Cai Rang (2) ha creado una escuela de música tradicional. Dakpa Kelden (3, sentado a la izda) es hotelero y ha abierto asimismo un taller para enseñar el arte de las *thangka* o pinturas religiosas tibetanas.

De pronto, en 2001, el destino imaginario apareció en los mapas

Para la clase media china, pasar unas vacaciones en este techo del mundo se ha convertido en un sueño

●●● truyó una ópera y una estupa a la entrada de la ciudad que será, evidentemente, la más grande de la región tibetana: ¡108 metros de altura! Los trabajos de construcción de una autopista y de una línea férrea que unirán Shangri-La con Kunming, la capital de Yunnan, que dista 630 kilómetros, avanzan a muy buen ritmo y ambas deberían estar acabadas a finales del año 2020.

El ambiente local es muy distinto del que había hace una veintena de años. Zhongdian era por entonces un pueblito que subsistía de la agricultura, la ganadería y la silvicultura. Lo atravesaba de un lado a otro una única calle, la avenida de la Larga Marcha, con escasas tiendas en las que se podía comprar tanto ropa y artículos de ferretería como productos de limpieza.

En el exterior de los tenderetes todavía era usual encontrar una barrera para atar los caballos, principal medio de transporte hasta que la primera carretera asfaltada fue trazada allá por 1950. Ben Hillman, especialista australiano en desarrollo de zonas rurales tibetanas, asistió a la reencarnación de Zhongdian en Shangri-La. “Tras las mortíferas crecidas del río Yangtsé, en 1998, el gobierno central prohibió tajantemente las explotaciones forestales (los árboles ralentizaban la escorrentía del agua provocada por las fuertes lluvias). Esta decisión acarrió inmediatamente consecuencias negativas para las finanzas del gobierno local”.

Como reacción, varios responsables del distrito, mirando al futuro, se lanzaron a una nueva estrate-

gia de desarrollo centrada en el turismo. “El momento no podía haber sido mejor escogido”, continúa Hillman. “Dos años antes, China había adoptado las tres semanas de oro: tres veces tres días festivos en febrero, mayo y octubre. Y en ese momento el Tíbet comenzaba a fascinar a la nueva clase media china, capaz de regalarse unas vacaciones en el techo del mundo”. En 2001, las autoridades de Pekín concedieron subvenciones y crearon un fondo para el desarrollo de Zhongdian. Autorizaron también su cambio de nombre, sugerido por la prefectura de Diqing: Shangri-La acababa de situarse en los mapas.

Desde entonces, durante las vacaciones del primero de mayo, a lo largo de las calles empedradas de Dukezong –la ciudad vieja–, los turistas vagabundean entre las tiendas regentadas por chinos de la

UN EXPLORADOR AUTODIDACTA EN EL ORIGEN DE LA LEYENDA

El autor de *Horizontes perdidos*, novela publicada en 1933, jamás estuvo en el Tíbet. El reino imaginario de Shangri-La, que fascinó tanto a los Estados Unidos de Roosevelt como a la Alemania de Hitler, le fue inspirado a James Hilton por una serie de reportajes publicados en *National Geographic* por el explorador estadounidense de origen austriaco Joseph F. Rock (foto). Lingüista y botánico autodidacta –descubrió diversas variedades de rododendros–, Rock recorrió el

Sudeste Asiático antes de desembarcar, en 1922, en Kunming, la capital de Yunnan. Allí oyó hablar de una montaña más alta que el Everest y de una temible tribu liderada por una reina que prohibía el acceso a su territorio. Mientras llevaba una vida aventurera en el techo del mundo, Rock buscó la mítica región perdida hasta su huida forzosa del Tíbet en 1949, cuando los comunistas tomaron el poder en China. Acabó sus días en Hawái, donde un jardín botánico lleva su nombre.



etnia Han, que llegan hasta aquí procedentes de las provincias de Fujian y Sichuan. También abundan los comercios y hoteles dirigidos por emprendedores tibetanos, retornados a su tierra tras una vida pasada en la India: desde la insurrección de Lhasa en 1959, 100.000 tibetanos se exiliaron, siguiendo al Dalái Lama. Esta política de apertura del gobierno chino con respecto a la diáspora tibetana se ha ralentizado tras los acontecimientos ocurridos en 2008 en la Región Autónoma del Tíbet. Sin embargo, algunos han sabido sacar provecho. Es el caso de Nom Nom, de 31 años. Guía para diferentes agencias de viaje y hoteles internacionales, Nom Nom ha vivido diez años en la India y Estados Unidos antes de decidirse a volver a la tierra de sus ancestros. Hoy en día ha construido su propia casa de huéspedes, The Birch (El abedul), donde acoge a turistas, que suelen ser chinos en su mayoría.

Esta tarde de junio ha venido a desfogarse a una sala de musculación, situada en el último piso de un edificio que domina el resto de construcciones de arquitectura neotibetana de la ciudad nueva. “En la India, aunque podíamos practicar libremente nuestra religión, la vida era dura y con pocas oportunidades para jóvenes como yo”, explica. “Creo que, por el porvenir del Tíbet, está bien que volvamos, y que busquemos una solución pacífica”.

Esta idea de paz social obtenida gracias al desarrollo económico es también compartida por Songtsen Gyalzur, más conocido como *Sonny*, nacido en Suiza de padres tibetanos exiliados. A finales de los años noventa, su madre, Tendol, montó los primeros orfanatos en el Tíbet. En 2005, incitó a su

hijo, que había triunfado en el sector inmobiliario en Suiza, a volver a vivir en la tierra de sus ancestros. Cuatro años más tarde, con su primo y otros socios suizos, Sonny creaba la Shangri-La Beer. Una marca de cervezas confeccionada con cebada cultivada localmente y fabricada por tibetanos en una *brasserie* que ha costado 20 millones de dólares. La empresa propone actualmente seis tipos de cerveza diferentes, entre las que destaca la Black Yak, que recibió en 2016 una medalla de bronce en el European Beer Star en Alemania.

“La única ley universal que no está sometida al cambio es que todo cambia”, dice Buda

Pekín no solamente ha invertido para convertir Shangri-La en la nueva estrella de un turismo en plena expansión en el Tíbet. También ha sabido aprovechar las circunstancias y el pragmatismo de su minoría tibetana. En la noche del diez al once de enero de 2014, el infierno se desató en el paraíso: un terrible incendio asoló Dukezong, la ciudad vieja. En menos de diez horas, 340 casas ardieron, reduciendo a cenizas el patrimonio histórico y cultural. Dakpa Kelden no lo olvidará jamás. Tres días después del siniestro, entre las ruinas aún humeantes de lo que había sido su restaurante, decidió resistir y quedarse. Para “contribuir al desarrollo de la ciudad de mis antepasados”, explica.

Buda, del cual sigue los preceptos, dijo: “La única ley del universo que no está sometida al cambio es que todo cambia, nada permanece”. El padre de Dakpa, Renchen Phuntsok, oriundo de Zhongdian (la futura Shangri-La), atravesó el Himalaya para ●●●

Un signo de la atracción creciente de Shangri-La son estos viñedos, cultivados a cuatro horas por carretera de la ciudad. La finca Ao Yun, en una curva del curso superior del Mekong, produce un cabernet sauvignon muy apreciado por los turistas.



Foto: TT News Agency / SV / Alamy Images

Mapa

EN LOS CAMINOS DEL IMPERIO



A partir de la dinastía de los Tang (siglo VII), Zhongdian fue una etapa para las caravanas que recorrían la “ruta del té y de los caballos”. Atravesando espesos bosques, profundas gargantas y collados de montaña, esta maraña de peligrosos senderos, de 3.000 kilómetros de extensión, unía las plantaciones del sur de Yunnan con el Tíbet central y Lhasa, la capital del reino. Transportados a lomos de mulos, caballos, yaks y portadores, los cargamentos de té, entre ellos el célebre *pu'er*, un té negro conocido por su facilidad de compactación y su buena conservación, eran trocados por pieles y sustancias medicinales así como por caballos de guerra de las altas mesetas. Estos intercambios, que alcanzaron su apogeo al final de la dinastía Ming (siglo XVII), siguieron hasta el fin del Imperio, a comienzos del siglo XX.

••• huir a la India en la época del “gran salto adelante” (1958-1960), la política dictada por Mao Zedong para estimular el colectivismo, la cual engendró una hambruna que mató a más de 20 millones de personas. Dejando atrás a su primogénito, una niña, ya en su país de acogida tuvo al elegante Dakpa, que primero fue monje, entre los 9 y los 16 años. “Pero como me gustaban las películas, la moda, la música, preferí abandonar el hábito religioso”, prosigue.

El altavoz de un templo recuerda la obligación de comprar incienso antes de ir a rezar

En 1987, Dakpa se enteró de que su hermana continuaba viviendo en China. Aprovechando un periodo de apertura y de reformas económicas promovidas por Deng Xiaoping, entonces en el poder, se fue a Zhongdian: “Era uno de los primeros tibetanos en el exilio que volvía”, cuenta. “El gobierno nos dio un buen recibimiento, ofreciéndonos la posibilidad de aprender chino. También obtuve un puesto en el Departamento de Asuntos Exteriores y de las Religiones”. En 1995, con ocasión de las reformas estatales que permitían a los funcionarios lanzarse al sector privado, Dakpa decidió optar por el turismo. Realizó cursos de formación en Nepal, Austria y Estados Unidos, financiados con ayuda extranjera y con sus propios ahorros. Después de trabajar en varios hoteles de Shangri-La, en 2003 Dakpa puso en marcha, con unos amigos tibetanos, la agencia de viajes Khampa Caravan, así como su restaurante, Arro Khampa, que dio nombre más tarde a uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad vieja.

Observando las sacudidas culturales ocurridas en el Tíbet durante la primera década del siglo XXI, recientemente Dakpa ha fundado, junto a un religioso, la Tibetan Thangka Academy. “Su objetivo es preservar y enseñar a los tibetanos, y también a los extranjeros, el saber, las técnicas y los materiales utilizados para realizar las *thangka*, pinturas religiosas tibetanas”, comenta.

Actualmente, la reconstrucción del barrio histórico de Dukezong ha finalizado. Sin embargo el 80% de los edificios destruidos ha sido reconstruido lo más rápido y los más barato posible, desnaturalizando el carácter de la ciudad vieja y transformándola, para los más críticos, en una especie de parque temático tibetano, a imagen de la ciudad vecina de Lijiang. Las casas reconstruidas han sido ocupadas en su mayoría por migrantes chinos venidos del este del país. Casi todas albergan un restaurante o una tienda, con el mismo tipo de baratijas: *tam-tams* tibetanos, peines de cuerno de búfalo o chales de colores chillones. Como el barrio de Barkhor en Lhasa, el corazón histórico de Shangri-La ha sucumbido a una autenticidad de imitación.

Una extraña construcción dorada, que recuerda a un depósito de agua, destaca sobre el resto del barrio: es el mayor molinillo de oraciones del mundo, con una altura de 21 metros. Los visitantes forzados a



Esta región tiene incluso sus propios viñedos: 30 hectáreas de la variedad cabernet sauvignon

Desde esta colina cubierta de paneles solares y banderas de oración, se puede abrazar con la mirada la nueva Shangri-La. En 2020, una autopista y una línea férrea comunicarán este lugar, levantado desde cero, con Yunnan, la capital.

divertirse intentan hacer girar sus 60 toneladas lanzando juramentos. Justamente al lado, el altavoz de un templo custodiado por un monje desencantado proclama la obligación de comprar incienso antes de ir a rezar.

En el monasterio de Songzanlin, en la parte vieja de la ciudad, se respira el mismo ambiente. Destruído en 1956 por el fuego de mortero de los comunistas, inició su renovación en 1997. Durante la jornada, a cambio de pagar 25 euros de media por cada entrada, los turistas chinos armados con palos de *selfies* patrullan el lugar santo, intentando convencerse de que la visita bien vale el dinero pagado.

En este paraíso perdido, primeramente inventado y después reconstruido para alborozo de los operadores turísticos chinos, uno no puede evitar pensar en la frase del sociólogo Rodolphe Christin, en su ensayo de 2014, *Lusure du monde: critique de la déraison touristique*, en la editorial L’Echappée (“El desgaste del mundo: crítica de la irracionalidad turística”, sin traducir al español): “El turismo es mundófago, mata aquello que le da vida, mata el mundo que dice amar”.

A pesar de todo, Shangri-La continúa conservando momentos de autenticidad. Como el festival ecuestre anual, cuando jinetes llegados de todos los rincones de Yunnan y de los pueblos de los

alrededores se reúnen durante cinco días de competición en el gran estadio municipal de la ciudad. Este año coincide con lluvia: el graderío se encuentra medio vacío. Además, varios eventos compiten entre sí: la juventud local ha preferido ir a ver, en el exterior de la ciudad, la primera carrera internacional de motocross, los “caballos motorizados”, como dicen los tibetanos.

Entre los 60 corredores llegados de toda Asia, hay un participante que destaca al frente de su Yamaha. Es un francés de 42 años, residente en Shangri-La. Originario de Burdeos, Maxence Dulou es el director de la finca vitícola Ao Yun, que significa “Volar por encima de las nubes”, una explotación situada a cuatro horas por carretera al norte de Shangri-La, en las escarpadas riberas del Mekong. Es allí donde Moët Hennessy (la rama de vinos y licores del grupo francés LVMH) ha encontrado el lugar idóneo para cultivar su cabernet sauvignon.

Producidas de manera artesanal y natural, en pequeñas parcelas, las uvas de Ao Yun son vendimiadas por los tibetanos de las aldeas vecinas. “Nuestras 30 hectáreas se reparten entre cuatro pequeños pueblos situados entre 2.200 y 2.600 metros de altitud”, explica con detalle Maxence señalando con orgullo su tesoro de viñedos.

Esta sorprendente finca ubicada en los contrafuertes del Himalaya se despliega bajo la sombra majestuosa del Kawagarbo, una montaña de 6.740 metros de altitud que marca la frontera entre la provincia de Yunnan y la de la República Autónoma de Tíbet. Ningún hombre ha podido alcanzar jamás su cima. En 1991, diecinueve personas, once de las cuales eran alpinistas japoneses, intentaron la hazaña hasta entonces imposible. Murieron todos en la ascensión. Quizá se encuentre allí arriba, finalmente, la verdadera Shangri-La. ■

Constantin de Slizewicz